

ARTE - HISTORIA  
FILOSOFÍA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA

## ANTOLOGÍA MÉDICO-SATÍRICA

por el

Doctor BERNARDO GONZALEZ-RAMOS

Silla (Valencia)

Con sincera modestia solicitamos de las columnas de MEDICAMENTA acogida para una aportación a la antología propuesta por el señor González Amezúa en el número 136 de dicha Revista.

La colección de epigramas insertos a continuación, que empieza con esta otra conocida traducción del de Marcial:

Era médico Diaulo,  
y es ahora enterrador;  
de esta manera practica  
la Medicina mejor,

y termina con el de C. de M. Mazarredo, exceptuando los de Quevedo, son de poetas del siglo pasado, que no pasarán, ni mucho menos, como clásicos a una antología de nuestra poesía, pero que por ello son ejemplares raros y difíciles de encontrar.

En la mayoría campea la sátira mordaz, colgándonos el sambenito de causantes de la muerte; tal el de Pascual Montagut:

Llegó Juanillo a cansarse  
de su vida desdichada,  
y ayer, por la madrugada,  
salió dispuesto a matarse.

Se fué al mar, y en la corriente  
lanzóse obstinado y fiero;  
mas lo advirtió un marinero  
y lo salvó diligente.

En su decisión formal,  
luego un arma preparó,  
contra el pecho disparó,  
y, al fin..., ¡nada!, cargó mal.

Volvió a casa, de ira rojo,  
con el intento de ahorcarse;  
pero, al ir a estrangularse,  
rompió el cordel que era flojo.

Postrer recurso ensayó,  
empeñado en su porfía;  
fingió que algo le dolía,  
y a su médico llamó.

De saber haciendo alarde,  
lo pulsó don Nicomedes,  
y... les participo a ustedes  
que el entierro es esta tarde.

Igual idea inspiran estos dos de Liborio Porset:

Aquí yace don Mamerto,  
médico muy afamado,  
el cual a nadie ha matado...  
se entiende, desde que ha muerto.

Enfermo que a visitar  
llega el médico Estever,  
bien se puede asegurar  
que no vuelve a padecer...  
ni tampoco a respirar.

Lo mismo en este trozo de Quevedo, parte de una larga sátira:

Suéñanse nuevas y mocos;  
comen las bocas y sarna;  
pican lancetas y pulgas;  
pestes y médicos matan.

O este otro del mismo autor:

Cura gracioso y parlando  
sus vecinas el doctor,  
y, siendo un gran hablador,  
es un mátalas-callando.

A su mula mata andando;  
sentado mata al que cura,  
y a su cura sigue el cura,  
con *requiem* y funeral;  
y no lo digo por mal.

E igual en este epitafio de J. Bernat Baldoví:

Cierto médico aquí yace,  
de ciencia dudosa y varia,  
cuya receta ordinaria  
era el *Requiescat in pace*.

Por el estilo se expresa Eduardo Bustillo en:

—Usted dormirá—decía  
cierto famoso doctor  
a uno que insomnios sufría  
en el lecho del dolor.

Y después de ir y venir  
y de mucho recetar,  
tanto hizo al pobre dormir,  
que no volvió a despertar.

Y en éste de M. del Palacio:

Un ciervo saltó al camino  
yendo de caza don Lino,  
médico de Peñafiel;  
erróle, y, fuera de tino,  
sacó, furioso, un papel.

Desdeñando la escopeta,  
una bola bien repleta  
con el papel fabricó;  
era su última receta...;  
tiróla al ciervo... ¡y cayó!

Sigue volcándose, más que la ironía, la burla en estos dos epigramas, el primero de Jacinto Labaila y el otro de Manuel Millás:

Yace en esta fosa un médico,  
médico tan matador,  
que, no hallando a quien matar,  
a sí mismo se mató.

Una enfermedad muy leve  
tuvo el médico Muñoz,  
y no fiándose de otros  
compañeros, por temor,  
quiso asistirse a sí mismo,  
¡y el pobre se suicidó!

Alguien ha sostenido que la animadversión de Quevedo obedecía a que una dolencia del hígado no le fué bien tratada, sin tener en cuenta que los conocimientos médicos en aquel entonces, como hoy y como mañana, no alcanzan a solucionar ciertas «papeletas». Mas leyendo los dos siguientes epigramas de Liborio Forset, pienso que quizá la culpa la tendrán esas cuentas no satisfechas que todos los médicos tenemos, pues es sabido que no hay peor enemigo que el mal pagador:

A un médico de gran fama  
dijéronle cierto día:  
—Rufo cuenta en todas partes  
que le debe a usted la vida.  
—Y algo más—contestó el médico.  
—¿Más aún? —Sí..., las visitas.  
—¿Y aquel piquillo, don Lucas?  
—Le pagaré con el tiempo.  
—Hombre, vea usted si puede  
pagarme con el dinero.

Quizá en el subconsciente de algunos poetas que nos han satirizado estuviera royendo, más que otra cosa, la minuta no pagada al médico.

Habla de ahorrar dinero Manuel del Palacio en el siguiente epigrama:

—Tengo a mi padre doctor  
—dijo, a Vicente, Ventura—;  
mi hermano mayor es cura,  
y yo soy enterrador.  
Cuando alguno enferma aquí,  
le ve mi padre, temprano;  
a seguida, va mi hermano;  
después, me llaman a mí.  
Quien quiera ahorrar dinero  
y enfermo se llegue a ver,  
lo mejor que puede hacer  
es llamarme a mí primeró.

Para excusar el pago, quizá como recuerdo, Manuel Millas se salió por «peteneras» con los siguientes versos:

—Asista usted a mi esposa  
—dijo a un médico Juan Zafra—,  
y, ya la mate o la cure,  
le pagaré a usted sin falta  
cuarenta duros cabales.  
—Acepto de buena gana  
el trato—dijo el doctor,  
y comenzó a visitarla.  
Murió al fin la pobre enferma,  
y antes de que la enterraran  
exigió el médico a Juan  
el precio de la contrata.  
—Poco a poco—dijo el viudo—.  
¿Ha matado usted a mi Clara?  
—¡Yo, no, señor! —¿La ha salvado?  
—Me fué imposible salvarla.  
—Pues, doctor, el trato es trato;  
yo no le debo a usted nada.

Empréndenla con la suficiencia galénica en esta composición:

Tomar la borla quería  
un médico jovencillo,  
y, porque nada sabía,  
el infeliz se afligía,  
llorando como un chiquillo.

Conociendo esto el rector,  
así le habló: —¡Qué inocencia!  
Deseche usted el temor,  
que para ser hoy doctor  
no se necesita ciencia.

Y en esta otra:

Es muy sabio mi médico Medina;  
balla bien, canta bien, es buen jinete,  
maneja la pistola y el florete...  
¡Lástima que no sepa Medicina!

Esa parece ser la idea que inspira a José Rodao en el siguiente quinteto:

Que don Luis el cirujano  
hable mal, es una mengua.  
¿Cómo ignora el castellano,  
cuando no hay un parroquiano  
que no le enseñe la lengua?

Y a Manuel del Palacio en estos otros dos:

De drogas harto y doctores,  
el pobre Tomás Ozores,  
vecino de Miguelturra,  
sólo con leche de burra  
puso fin a sus dolores.

Y hoy, al recordar sus males,  
de que no guarda señales,  
dice con mucha verdad:  
—Si no es por los animales,  
me entierra la Facultad.

Este epigrama lo podemos incluir en el mismo grupo:

Un borriquillo compró  
el doctor don Blas Morales;  
tantas cosas le enseñó,  
que hasta hubo quien creyó  
que estaban en ciencia iguales.

Enfermó su amigo Curro,  
y como era caso apremiante,  
dijo bien (si bien discurro):  
—Que me traigan al instante  
al doctor, o bien al burro.

Comentando cierta costumbre de los profesionales de China, hay quien estima que el médico no debiera cobrar sino en los casos acompañados de éxito, y esta idea es la que inspira a C. Ossorio y Gallardo en

El médico don Ventura,  
de la ciencia es afrenta,  
a ningún enfermo cura,  
mas siempre pasa la cuenta.

Por eso, no sé quién dijo,  
su conducta conociendo,  
que era como «Lagartijo»,  
que mataba... recibiendo.

Mal si el enfermo se muere y, a veces, mal si se salva. Así cree Daniel Ortiz en este quinteto:

Cuando mi suegra enfermó,  
mi amigo el doctor Abad,  
con su ciencia, la salvó...  
Desde entonces, lo que es yo,  
ya no creo en la amistad.

Tampoco debía de estar bien con su suegra Tomás Camacho, al componer este cuarteto:

¡Si será grande la fama  
de que goza el doctor Mesa,  
que no hay yerno que a él no acuda  
cuando está mala su suegra!

M. Ossorio y Bernard cree que tan proverbial es la misión de matar, que hasta los niños lo saben, e inspira esta composición:

—¿Quién trajo al nuevo hermanito?

—Pues nos lo trajo el doctor.

—Y al doctor, ¿quién se lo ha dado?

—¡Cuánto preguntar!... Pues Dios.

Y el niño dice al oírlo,  
tras de breve reflexión:

—Ya lo comprendo; a los médicos  
se los da chiquitos Dios,  
y ya hombres se los devuelven  
los médicos al Señor.

Hasta temor llega el médico a inspirar en este epigrama:

A Lucas, cierto galeno  
dijo un insulto cruel,  
y Lucas, humilde, fiel,  
no puso al insulto freno.

—Porque—dice, y no os asombre,  
con la conciencia muy sana—,  
¿quién sabe si hoy o mañana  
caeré en manos de ese hombre?...

Sin comentarios, copiamos a continuación estos epigramas con el nombre de su autor al pie:

¡No administro más morfina!  
Se me han muerto esta semana  
catorce. ¡Desde mañana  
volveré a usar la estricnina!

*José Brissa.*

—Salud—dice a su clientela,  
cual cumplimento de amigo,  
cierto doctor; y yo digo:  
—¡Que se lo cuente a su abuela!

*A. Lasso de la Vega.*

Enfermó Juan de escarlata.

—¿Quién es—preguntó a una chica—  
el doctor que menos mata?  
Y respondióle: —Morata,  
pero es porque no practica.

*N. Díaz.*

El médico Mata expuso  
en una receta un día  
el jarabe que pedía,  
y abajo su nombre puso.

Y el farmacéutico Caba  
cuando la receta vió,  
el jarabe no lo dió,  
porque dijo que mataba.

*A. de la Guardia.*

—¡Todas se mueren por mí!—  
dice el tenorio don Lesmes;  
y es médico director  
de un hospital de mujeres.

*J. Brissa.*

De Plácido salen  
a luz los excesos,  
que al médico valen  
visitas y pesos.

El va procurando  
que no se componga;  
y así, en escuchando  
que el mal se prolonga,

Que el pulso le falta,  
que está muy malito,  
el médico salta:

—Me alegro infinito.

*J. Martínez Villergas.*

Un médico que quería  
tomar fama, en encontrando  
algún entierro, decía:

—¿Veis ése a quien van cantando?  
Pues yo era quien le asistía.

*L. del Arroyo.*

Quedóse un marqués en cama  
con un leve constipado,  
y al punto mandó recado  
a un doctor de mucha fama.

Oyó el nombre de Ruperto,  
y así añadió con frescura:  
—Mandad después otro al cura  
para que toquen a muerto.

*M. Azcutia.*

La calavera de un burro  
miraba el doctor Pandolfo,  
y enternecido exclamaba:

—¡Válgame Dios, lo que somos!

*N. Moratin.*

—Aquí está el doctor Guillermo

—le dijo a Pepe su tía.

—Dígale que estoy enfermo,  
que ya me verá otro día.

*Eusebio Blasco.*

El doctor en Medicina  
más experto y más bizarro,  
es de condición de carro,  
que si no le untáis rechina.  
Al pulso la mano inclina,  
y quiere, ved qué invención,  
que le den bello doblón  
por infernales bebidas:  
*concertadme esas medidas.*

*F. de Quevedo.*

Sin ser saetas contra nosotros, son muchas y muy variadas las poesías festivas compuestas a nuestra costa. Insertamos a continuación unas cuantas, de las muchas recogidas, entre éstas que «no entiende el inocente,—y las ríe el avisado»:

—Ya sé que anoche Jacinta  
tuvo un cólico violento.

—Sí; se comió un regimiento  
de calamares en tinta.

Mas fué curada al instante  
por el doctor Benavente.

—¿La dió té con aguardiente?

—No, señor; papel secante.

*J. Pérez Zúñiga.*

Un sinyor molt principal  
vent a un dotor algo vell  
li digué burlanse d'ell:  
—¿A hon va, sinyor menescal?

El dotor a qui cogué  
la punxa tan ben posada,  
li respondgué en veu pausada:  
—Vaig a curar a vosté.

*P. Pascual Pérez.*

De una grave dolencia,  
que se juzgaba mortal,  
la esposa de don Pascual  
está en la convalecencia.

Por eso, sin duda, ayer  
el doctor, con alegría,  
a don Pascual le decía:  
—¡Bah! Ya tenemos mujer.

*Liborio Porset.*

Afirmaba el doctor Prida  
delante de doña Eufrasia,  
que para dejar la vida,  
lo mejor es la gimnasia.

Y a su afán poniendo frenos,  
dijo Eufrasia: —Pues yo sé  
que no la echaron de menos  
en los tiempos de Noé.

A lo cual, con malos modos,  
contestó Prida, iracundo:  
—Pues por eso mismo, todos  
se fueron al otro mundo.

*Carlos Cano.*

Fué a un restaurante un doctor,  
y observó que el camarero  
muy despacio y con trabajo  
se levantó de su asiento.

—¿Tienes hemorroides, chico?  
—preguntó al mozo el galeno—  
Y el mozo dijo: —No sé;  
voy a la cocina a verlo.

*Manuel Millás.*

—Me dijo el doctor Solé  
que si quería curar  
de estos herpes que usted ve,  
me había de sulfurar.

—¡Ah! ¿Si? ¡Pues cácese usted!

*C. de M. Mazarredo.*

Perdone el lector el chaparrón; por hoy ya hay bastante.



*Modernas investigaciones han demostrado que el mejor procedimiento para lograr una regulación de la acidez y conservar un pH óptimo para la digestión péptica, consiste en hacer llegar al estómago de un modo paulatino los factores alcalinos, absorbentes y diluyentes.*

Las «Pastillas Digestinas», ajustándose a este reciente criterio, poseen una fórmula equilibradora dotada de un delicioso sabor a limón o menta, que permite su disolución en la boca como si fueran caramelos.



**1 ó 2 pastillas**  
disueltas lentamente en la boca  
después de la comida, garantizan  
una perfecta digestión.

**2 ó más pastillas**  
corrigen la hipersecreción gástrica,  
haciendo desaparecer en pocos minutos  
toda la sintomatología.

#### CONFECCIONES ORIGINALES

Caja de tamaño normal.

Caja de tamaño grande.

(Ambas se preparan con gusto a limón o a menta.)